



PUPILLA PREPRINT (2025)

Lectura intercultural/pluralista del Pacto de unidad como experiencia sapiencial

Lucas Cerviño

Este trabajo explora la posibilidad de actualizar el Pacto de Unidad entre Chiara Lubich e Iginio Giordani (16 de julio de 1949) dentro de contextos pluralistas contemporáneos. El autor investiga si esta experiencia mística fundacional del Movimiento de los Focolares puede trascender su marco confesional católico para abrazar el diálogo intercultural e interreligioso, incluyendo enfoques espirituales no confesionales. El estudio se sitúa en el contexto del pluralismo emergente como característica definitoria de nuestra época actual, particularmente relevante para la realidad sociocultural diversa de Latinoamérica. El autor propone leer el Pacto de Unidad como una experiencia sapiencial que puede acoger la diversidad humana manteniendo su unidad esencial. Este enfoque desafía tanto el fundamentalismo como el relativismo promoviendo relaciones recíprocas que honran la diferencia mientras buscan terreno común. Basándose en la fenomenología de la experiencia religiosa e incorporando perspectivas del diálogo dialógico de Raimon Panikkar y el método laico de silenciamiento de Marià Corbí, el trabajo argumenta que la sabiduría del Pacto emerge de la experiencia comunitaria vivida desde la diversidad. El autor presenta un marco donde los “cálices vacíos” individuales contribuyen a un receptáculo comunitario capaz de infinitas tonalidades, permitiendo que la experiencia sapiencial se exprese a través de diversas perspectivas culturales, religiosas y existenciales sin perder su núcleo trascendente. El trabajo concluye sugiriendo métodos prácticos para cultivar las condiciones interiores necesarias para esta experiencia sapiencial transconfesional, proponiendo equivalencias entre las prácticas cristianas y los enfoques seculares para acceder a la realidad absoluta.

Participar en la sabiduría: de cálices vacíos a un receptáculo comunitario con infinitas tonalidades

Una lectura intercultural/pluralista del Pacto de unidad como experiencia sapiencial

Lucas Cerviño

El Diamante, junio 2017

El Pacto de unidad, entre Chiara Lubich e Iginio Giordani (Foco) el 16 de julio de 1949 en Tonadico (Trento-Italia), es la puerta de acceso imprescindible –*conditio sine qua non*– que origina la experiencia mística del Paraíso del 49. Es una experiencia que, como tal, no está destinada a repetirse. Al mismo tiempo, al ser un evento que abre la posibilidad de una nueva experiencia religiosa, trascendente y sapiencial, exige ser actualizado en cada tiempo y espacio. De esta actualización depende que se dé nuestro injertarse en el acontecimiento del Paraíso del 49.

Lo que sigue es un incipiente ejercicio en esa dirección. Es fruto de ciertos interrogantes que desde hace años me invaden: ¿Es posible actualizar el evento del Pacto de unidad en un contexto de creciente pluralismo? ¿O será que el Pacto ha de quedar reducido a un marco confesional católico o al máximo cristiano? Se trata, no sólo de visualizar esta posibilidad sino de avanzar en cómo hacerla posible.

Por tanto, ¿cómo abrir esta experiencia sapiencial del Pacto a otros marcos y horizontes de comprensión culturales y religiosos, incluso al inmenso grupo humano que se mueve dentro de marcos no confesionales? ¿De qué manera expresar el Pacto de unidad en clave intercultural e interreligiosa, y más aún, transconfesional? O sea, ¿cómo hacer para que la experiencia del Pacto incluya, tanto a personas que se expresan “a través” de una confesión religiosa, como también a aquellas que configuran su vida desde la “otra orilla” de lo religioso, es decir, sin una filiación confesional? ¿Cómo sería posible esto? Procuro responder a estas inquietudes desde un marco de las ciencias de las religiones y no desde la teología, al menos como primer paso.

El cambio de época como surgir del pluralismo: la diversidad en una unidad poliédrica

Crece cada día la consciencia de que estamos inmersos en un profundo cambio de época: se están transformando los modos de ser y estar en el mundo. Están mutando las formas de conocer, sentir y actuar en la realidad; están cambiando las maneras de vivir las relaciones con los demás, con el planeta y con lo trascendente.

Hay diversos modos de acercarse a este cambio de época y de comprenderlo: modernidad líquida, cientificismo tecnocrático, globalización neoliberal, era de acuario, choque de civilizaciones, nuevo *Pachapaqari* o *Pachakuti*, etc.

Considero que estamos ante el surgimiento de una etapa pluralista.

«El pluralismo –como afirma un reconocido sociólogo de la religión– constituye el gran desafío al que se enfrenta en nuestros días cualquier tradición y comunidad religiosa. [...] El pluralismo en su sentido más global –la coexistencia de distintas comunidades étnicas, morales y religiosas en una sociedad–

plantea un problema político de importancia fundamental. Tanto el fundamentalismo como el relativismo hacen que el problema sea insoluble. [...] El problema político del pluralismo solamente puede resolverse manteniendo y legitimando aquello que se extiende entre ambos extremos. Para la mayor parte de la humanidad, la religión determina cómo se contempla el mundo y cómo se debe vivir. A causa de ello, la relación entre religión y pluralismo resulta de interés a cualquiera, independientemente de sus propias creencias religiosas (incluso si carece de ellas).»¹

Crece y se multiplica el contacto y la interacción entre personas de diferentes culturas y religiones, que viven y comprenden de modo distinto la realidad. Por eso, el pluralismo interpela a vivir la interculturalidad como camino, siempre nuevo y constante, para renovar y experimentar la unidad en la diversidad, para avanzar en ese camino intermedio entre el fundamentalismo y el relativismo.

El desafío principal para hacer de la diversidad un pentecostés planetario es uno: que el diverso, el otro, no sea considerado un *alius* –extraño, amenaza, peligro– sino descubierto como un *alter* –prójimo, compañero, bendición. Aquí está la clave para romper con cualquier dogmatismo y absolutismo monocultural o monoreligioso.

Esto significa superar dos actitudes humanas, tanto a nivel personal como grupal. Actitudes que pueden estar motivadas por matrices culturales o religiosas. La primera es la actitud tribal que se encierra sobre sí misma y es indiferente a la diversidad. La segunda es la actitud imperialista que se expande a costa del otro, integrando y anulando la diversidad ajena a su propia visión.

En otras palabras, el pluralismo llama a abrirnos a la reciprocidad, entendida como relacionalidad horizontal de doble dirección y que está motivada por una sed de enriquecimiento mutuo. Aquí radica la *metanoia* (conversión) –transformación de la mente y el corazón– a la que nos convoca el siglo XXI. Reciprocidad que sin una apertura vertical, sea concebida como profundidad interior abismal o como infinitud exterior inefable, es imposible de vivir. Justamente, esta calidad de reciprocidad en las relaciones es la que evita que el pluralismo degenera en relativismo y fragmentación.

Latinoamérica está atravesada por el pluralismo, este no es un fenómeno o consciencia emergente que viene de otras latitudes. La complejidad sociocultural de nuestras urbes, el empoderamiento indígena con propuestas alternativas de vida, la continua relectura de nuestra traumática historia de encuentro-desencuentro, son puntas de iceberg que evidencian un mundo oculto de diversidad contenida o taponada. Latinoamérica es afro, es india, es latina y es una continua confluencia y combinación de estas matrices.

El Pacto de unidad como experiencia sapiencial

El “desde donde” de esta reflexión es el contexto espaciotemporal pluralista, en el cual estamos inmersos. Justamente, para no ignorar este contexto, procuro desarrollar un lenguaje incluyente de esa diversidad que al mismo tiempo respete la confesionalidad específica. Desde estas dos premisas me acerco al Pacto de unidad como evento de una experiencia sapiencial y lo leo desde una clave

¹ BERGER, *Los numerosos altares de la humanidad*, 41.

intercultural. Considero que es fundamental subrayar el carácter sapiencial de este evento, porque, parafraseando a Dostoievski, estoy convencido de que “la sabiduría salvará el mundo plural”. Una sabiduría cultivada y acogida justamente desde espacios comunitarios y plurales.

El Pacto es una experiencia de diálogo intercultural porque, al mismo tiempo que hay un sustrato común entre Chiara y Foco, su cristianismo y catolicismo, también se evidencia una gran diversidad entre ambos: una mujer y un varón, dos generaciones distintas, una célibe y un casado, una maestra y un político, un terciaria franciscana y un terciario dominico, etc. Dentro de una matriz confesional común, hay dos horizontes de comprensión que se encuentran desde sus diferencias, porque son capaces de abrirse al don del misterio divino.

Por tanto, el Pacto, por sus mismas características y finalidad, está abierto a la participación de toda la humanidad con su elocuente diversidad. Es más, el Pacto exige, para que la vivencia de unidad sea más profunda y enriquecedora, poner en juego y comunión –en donación– las diferencias culturales, generacionales, académicas, e incluso confesionales. Me atrevo a decir, que a mayor diversidad mayor profundidad en el misterio de la vida y donación de sabiduría. La diversidad no es un obstáculo, sino un requisito fundamental para vivir el Pacto de unidad.

A su vez, este Pacto puede ser abordado como una experiencia sapiencial original. Puede ser leído no sólo en clave espiritual sino también epistemológica y experiencial. El Pacto es una experiencia sapiencial porque es una vivencia que ilumina, da forma y da acceso a un conocimiento que brota de la participación en el fundamento último de la realidad. Hace presente esa religación constitutiva del ser humano con la fuente y sustento de toda existencia. En esta experiencia el núcleo fundante de toda la Realidad es percibido y vivenciado como sabiduría. La persona, al acoger la sabiduría, – como afirma Chiara citando a un teólogo– “ve lo que no sabe repetir y bebe de esa fuente inagotable”, por eso ésta puede ser expresada de infinitos modos y maneras.

La sabiduría no es un saber racional y conceptual, sino más bien una luz diferente sobre la realidad, una mirada nueva que surge de la visión o contemplación de lo Real: ese corazón mismo de toda Realidad. La sabiduría es una forma de conocer la realidad diferente del conocimiento científico o solamente sensitivo. Porque no se trata de un contenido conceptual y racional, sino que esta experiencia permite experimentar y vivir una radical unidad armónica desde modos muy diferentes de expresar esta certeza intuitiva que surge al participar en el misterio de la vida.

El saber sapiencial, y esto es muy importante, es fruto de una experiencia integral. De una vivencia que integra cuerpo, mente y espíritu. En esta experiencia sapiencial los sentidos y la mente dejan de funcionar desde la necesidad y la posesión. O sea, desde una orientación hacia el yo. Más bien invierten su dirección y se orientan, desde una apertura desinteresada y plena de gratuidad, hacia ese fundamento último de la realidad, a lo que denominamos Dios o con tantos otros nombres.

Por tanto, un aporte, desde el evento del Paraíso del 49, para vivir el pluralismo latinoamericano sería re-comprender y delinear el Pacto de unidad para que éste pueda contener y ser vivido desde toda la diversidad latinoamericana. Por otra parte, el pacto puede ayudar a evidenciar y revalorizar con mayor ímpetu un rasgo característico de nuestros pueblos: la preeminencia de un saber

sapiencial más que de un saber racional. Aquí radica un aporte sustancial desde Latinoamérica: un saber desde la vida –que surge al contacto con la realidad y sus desafíos–, y que por ello mismo sirve para la vida, porque ofrece y da sentido a la existencia.

Participar en la sabiduría: de cálices vacíos a un receptáculo comunitario con infinitas tonalidades

Desde la fenomenología de la religión, podemos identificar en la experiencia del Pacto los tres elementos característicos de una experiencia religiosa –orientación, sujeto y motivación, así: a) es una experiencia orientada hacia el Misterio divino², de hecho, Chiara y Foco pactan unidad en Jesús Eucaristía. b) el sujeto de la experiencia es un sujeto comunitario, el Alma, como la nombra Chiara en referencia al grupo constituido por ella, Foco y sus primeras compañeras; c) la motivación de esta experiencia es la unidad en Jesús Eucaristía, por tanto hay un movimiento extático de relación directamente proporcional entre salir hacia el otro y entrar en el misterio divino.

Desde estos elementos, la experiencia de Chiara y Foco, que luego incluye a las primeras compañeras de Chiara, es la vivencia de un sujeto comunitario –el Alma– que no anula la diversidad de cada individualidad –“drapello” (ejército o escuadra)– que, desde todas las dimensiones humanas –¿sabes dónde estamos? (sentir, pensar, actuar)– y fruto de su participación unitiva en el misterio fundante de toda la realidad –el seno del Padre–, acoge un saber intuitivo y vital de ese misterio –viajando el Paraíso– que transforma sus vidas y da una luz para transfigurar la realidad humana y cósmica.

La originalidad de la experiencia del Pacto de unidad está en la sabiduría brota de una experiencia comunitaria vivida desde la diversidad. Por tanto, una experiencia que asume de modo radical el desafío del pluralismo: un receptáculo comunitario que, gracias al “cáliz vacío” –como dice Chiara al relatar el Pacto– que es cada persona, es más que la sumatoria de las partes. Como en un poliedro, el todo se expresa en las partes que no son iguales entre ellas. El receptáculo desde el cual se acoge la sabiduría es comunitario porque se difracta en infinitos modos, según las características culturales, religiosas y existenciales de cada persona.

¿Cómo es posible esto? ¿Cómo evitar que esto conduzca a un relativismo?

Para justificar esta experiencia sapiencial comunitaria y transconfesional recurro a cierto instrumental conceptual de dos autores que han trabajado a fondo la experiencia religiosa y absoluta, y el conocimiento que brota de esa experiencia.

R. Panikkar ha abordado estos temas desde el ámbito del pluralismo religioso enfatizando la importancia del diálogo dialógico entre personas de diversas confesiones religiosas como el “acto religioso por excelencia”. Este diálogo, porque supera la dialéctica, permite atravesar mutuamente

² Misterio divino que, al estar más allá de la frontera de la razón lógica-formal, se muestra como insondable e inefable. No existe configuración religiosa o modelos científicos o comprensión cultural que pueda expresar a cabalidad esa fuente que fundamenta y sostiene toda existencia que está antes de toda palabra.

el *logos* de unos y otros, para alcanzar y desvelar el *mythos* –horizonte de comprensión– de cada uno. De este modo es posible abrirse a la irrupción del *pneuma* –el Espíritu– que manifiesta y expresa el *Logos* “del” Ser mismo.

Mientras que M. Corbí, enraizado en los marcos de la secularidad moderna, justifica y fundamenta la necesidad de cultivar la cualidad humana profunda –la dimensión absoluta del ser humano–, aunque sea fuera de las configuraciones religiosas. Justifica que es importante cultivar esta dimensión absoluta para alcanzar la plenitud humana e incluso para el avance de la ciencia. Su intención es que las riquezas de las sabidurías religiosas no se pierdan por la secularización y el creciente rechazo hacia las religiones.

Una fenomenología de la experiencia humana $E = e.(l.m.i.r.a)$

R. Panikkar, para describir la experiencia mística –experiencia plena de la Vida como le gusta llamarla– y que es constitutiva del ser humano, desarrolla una luminosa fenomenología de la experiencia humana. Afirma que lo que nosotros llamamos experiencia (E) es el resultado de la combinación de la experiencia o vivencia de un momento preciso (e), que para expresarlo se utiliza un lenguaje (l) y se sirve de la memoria (m), a su vez realiza una interpretación (i) de esta experiencia desde la recepción (r) que está marcada por la propia cosmovisión cultural y finalmente activa una actualización (a) desde una praxis renovada.

Esta fenomenología, llevada a la experiencia religiosa y en nuestro caso a la experiencia sapiencial del Pacto de unidad permite articular la tensión entre unidad y diversidad: el Pacto de unidad abre la posibilidad de experimentar una presencia comunional (e), que es fruto de una relación intersubjetiva hasta el punto del descentramiento o des-egocentración de estas personas, que permite la participación en el núcleo fundante de la realidad, el misterio de lo Real. Es una experiencia inefable porque no podemos saber con cabalidad que es, ya que para expresarla necesitamos de los factores del lenguaje, la memoria, la interpretación, la recepción y la actualización. Y estos factores modifican la vivencia experiencial de una presencia comunional (e), aunque al mismo tiempo posibilitan que cada cual la pueda expresar desde sus propios marcos culturales, religiosos o no y existenciales. Tenemos una vivencia experiencial común (e) que se expresa en modos diversos como experiencia (E).

En el Pacto, la preparación del terreno para acoger el don de esta presencia comunional está muy bien identificado. Chiara propone a Foco de ser “cáliz vacío” y para esto son importantes tres comuniones: con la Palabra de Dios, entre nosotros y con Jesús Eucaristía. También se podría agregar la importancia de vivir a Jesús abandonado. El desafío para una experiencia sapiencial transconfesional es entonces poder “traducir” estas condiciones que favorecen esa “nada de amor” como vacío predispuesto a acoger el don de la presencia comunional y su luz sapiencial. ¿Es posible esta traducción?

Desde un marco intercultural, como el de Panikkar, considero que sí. Se trataría de realizar un ejercicio, como parte del diálogo dialógico, para identificar los equivalente homeomórficos entre las diferentes configuraciones religiosas e incluso en marcos sin confesión religiosa. En nuestro caso

serían los equivalentes de lo que representan estas tres comuniones en el cristianismo. Estos equivalentes no serán un mismo concepto o idea, porque esto es imposible entre sistemas culturales o religiosos diferentes, pero serán similar o equivalente en cuanto a la función que cumplen en cada una de las cosmovisiones. Un trabajo que no es posible hacer aquí y que además ha de surgir de la convivencia y de la vida con personas concretas que pertenezcan a otras religiones o que cultiven una espiritualidad sin una filiación confesional.

Desde el marco de la secularidad pero abierta a lo absoluto, la propuesta de Corbí, también es posible identificar un método que podría facilitar el cultivo de ese “máximo silencio interior” –como subraya Chiara– que es necesario para acoger el don de la sabiduría. Para abrirse a la presencia comunal fruto de una autotranscendencia que se da desde las mismas interrelaciones humanas. Este autor propone, después de estudiar durante décadas a los místicos de diversas religiones, lo que llama un “método laico de silenciamiento”. Este método consiste en ejercitar tres actitudes: Interés – Distanciamiento – Silenciamiento, que permiten cultivar y abrirse a la experiencia absoluta de la realidad. O sea, a una experiencia que se relaciona con la realidad no desde la necesidad del viviente humano por sobrevivir, sino desde la gratuidad y que por ello es capaz de reconocer un “algo más” que se desprende de la realidad empírica.

De modo sintético estas tres actitudes serían: 1) Interés: tanto mental como sensitivo, por toda la realidad. Interés apasionado e intenso que permite una atención despierta y vigilante, en constante estado de alerta. Interés que, al ser lo contrario del actuar desde las necesidades, es un interés desinteresado del deseo. 2) Distanciamiento: de la realidad ante la cual se está interesado, justamente porque la realidad interesa profundamente. Desapego y desimplicación en el mismo acto de interesarse, para favorecer la desidentificación de sí mismo, la situación y el entorno. El ego, la autoreferencialidad, queda olvidado y silenciado, desplazado. 3) Silenciamiento: interior y completo, que es mucho más que una simple ausencia de ruidos o rumores. Silenciamiento de todas las valoraciones e interpretaciones habituales. Detener todas las formas automatizadas de actuar y poner entre paréntesis las normas para promover un acercamiento limpio, franco y desinteresado hacia la realidad. Vacío pleno que es total acogida.

Este Interés – Distanciamiento - Silenciamiento puede ejercitarse en la lectura de los textos sagrados de las diversas confesiones religiosas, como también en las relaciones interpersonales y en la relación misma con la creación. Por tanto, sería una manera de vivir la Palabra y de practicar el amor recíproco.

Con esto no estoy igualando y colocando al mismo nivel las tres comuniones –con la Palabra, entre nosotros y con Jesús Eucaristía– con el método laico de silenciamiento. Es un intento de dialogar con aquellas personas sin una filiación confesional pero abiertas al misterio de la vida, y de darles, desde sus horizontes de comprensión y vivencia, elementos para favorecer una experiencia sapiencial como la del Pacto de unidad.